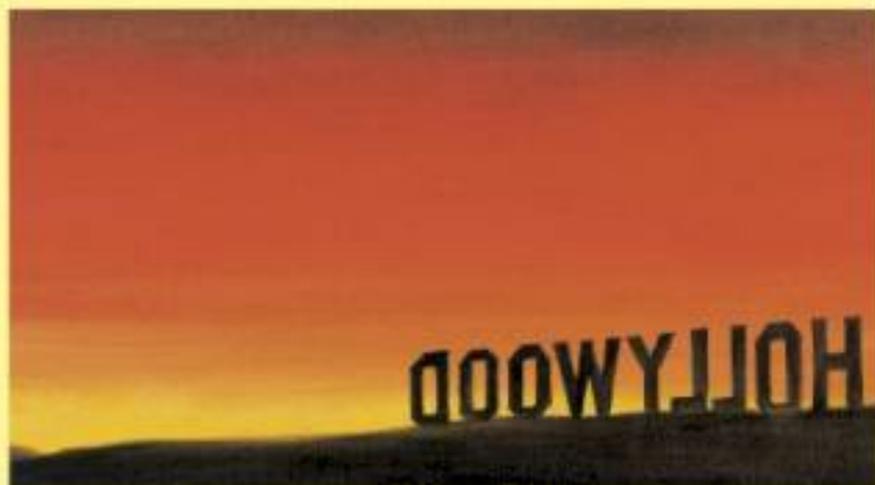


JEAN STEIN

---

# *Al oeste del Edén*

*En un lugar de Estados Unidos*



En la ciudad de Los Ángeles el sol brilla prácticamente los trescientos sesenta y cinco días del año; en una de sus colinas el legendario cartel de Hollywood anuncia la fábrica de sueños más potente del mundo y en otras se suceden las mansiones. Varias de estas fastuosas residencias forman parte de este libro, que reconstruye la desmesurada historia de la ciudad a través de cinco familias emblemáticas, con su glamour, sus excesos, sus secretos de alcoba, sus extravagancias, su acumulación de riqueza y poder y sus destructivas tensiones.

La autora nos presenta a los Doheny, cuyo patriarca inspiró ¡Petróleo!, de Upton Sinclair, y Pozos de ambición, de Paul Thomas Anderson; a Jack Warner y sus hermanos, que levantaron uno de los grandes estudios de Hollywood; a Jane Garland, una joven aspirante a actriz psíquicamente desequilibrada; a la estrella Jennifer Jones, su marido, el megalómano productor Selznick, y sus vástagos, de trágico destino, y, por último, a su propia familia y la figura de su padre, fundador de la Music Corporation of America, pieza clave de la poderosa industria musical.

Al oeste del Edén explora un siglo de historia de Estados Unidos, con sus luces y sus sombras, e indaga en el mito del sueño americano y en su tenebroso reverso, con la Gran Depresión, el Comité de Actividades Antiamericanas, la Mafia, los tabloides... El libro, fruto de dos décadas de trabajo, está escrito con el método de la «historia oral» a partir de entrevistas con figuras como Joan Didion, Gore Vidal, Arthur Miller, Lauren Bacall, Warren Beatty, Jane Fonda, Dennis Hopper, Frank Gehry, Naomi Klein, Stephen Sondheim, miembros de las familias Warner, Jones, Selznick y Stein, terapeutas, chóferes, criadas... El intenso resultado es un imponente fresco de Los Ángeles.

## Índice de contenido

Cubierta

Al oeste del eden

Prólogo

I. Los doheny

II. Los warner

III. Jane garland

IV. Jennifer jones

V. Los stein

Notas biográficas

Agradecimientos

Sobre el autor

Notas

Para Katrina y Wendy, mis hijas

## PRÓLOGO

### BIENVENIDOS A LOS ÁNGELES

MIKE DAVIS: De joven trabajé de chófer en Gray Line Tours. Conducía un autocar por las tardes y los fines de semana. Mi contrato era especial porque, según ellos, trabajaba «fuera de horario». Hacía varios recorridos: Marineland of the Pacific, cementerio de Forest Lawn, Hollywood Park, Estudios Universal, etcétera. Llevaba a muchos empleados, directivos y empresarios que habían llegado de convención a Los Ángeles, y lo normal era darles una vuelta por el centro. Muchas veces, sin embargo, me tocaba el muy solicitado *tour* de Hollywood y Beverly Hills. Los chóferes llevábamos uniforme: parecíamos pilotos o directamente escapados de una comedia de Mel Brooks.

Por raro que parezca, la empresa no nos facilitaba ninguna información. Las rutas no variaban, faltaría más, pero, aparte de eso, no sabíamos nada. Los jefes eran de la opinión de que los conductores novatos debíamos ir «haciéndonos» con las direcciones de actores y otros famosos, que los más veteranos ya tenían, y de que debíamos copiar a esos veteranos el «rap» de cada ruta. Normalmente no había ningún problema, pero de vez en cuando algún aficionado experto nos sacaba los colores. Recuerdo un día en concreto: «¡Miren, ahí está la casa de Lucy! —dije—. ¡Cómo me gusta Lucy! Vamos a aminorar la marcha para que puedan hacer fotos». Y entonces, desde la parte de atrás, una señora mayor suelta: «He hecho este *tour* muchas veces y

sé perfectamente que esa no es la casa de Lucille Ball. Lucille vive a tres manzanas de aquí».

Beverly Hills no tenía secretos para mí. Pero recorrer Hollywood Boulevard con un autocar lleno de turistas de Iowa era... para alucinar. Porque estoy hablando del Hollywood de principios de los setenta, del Hollywood posterior al *flowerpower*, del Hollywood posterior a Charles Manson. Las aceras estaban repletas de niños que se habían fugado de casa, de prostitutas (y chaperos) adolescentes, de pirados, de yonquis a los que como mucho les quedaban un par de semanas de vida. Hollywood era el innegable epicentro de la miseria humana, un lugar espantoso sobre todo de noche, el momento del *tour Hollywood at Night*. Yo tenía la costumbre de parar en la esquina del Grauman, el famoso Teatro Chino. Aparcaba y mandaba a los turistas a la acera donde están las huellas de los actores. Me quedaba en el autobús, bajaba el pestillo, subía las ventanillas y me decía: «¡Zombis, aquí no podéis cogermel! ¡Comeos vivos a los turistas!». Pero lo más flipante de todo era que, cuando bajaban a la calle y se zambullían en aquella inmundicia, los turistas no se daban cuenta de nada, solo reparaban en las dichosas huellas: «¡Eh, mirad, las de Ava Gardner!». Quiero decir: podían tener delante de sus narices a un tipo en pelotas, a un yonqui hasta arriba de todo echando espuma por la boca, y nada, saltaban por encima de él y exclamaban con entusiasmo: «¡Dios mío, las huellas de Victor McLaglen! ¿Os acordáis de Victor McLaglen?». Sí, ellos extasiados, y yo hecho polvo. Porque les daba igual todo. No les estremecía la enorme distancia moral que separa el mito de Hollywood y lo que tenían delante. Qué va, la mayoría no veía otra cosa que su imagen preconcebida del paraíso. Era de locos. Todo aquello me recordaba *El día de la langosta*, la novela de Nathanael West, que pretende hacernos ver que a la masa lo único que le interesa de los dioses de la fama es matarlos y devorarlos, canibalizarlos.

Afortunadamente había excepciones, excepciones magníficas. El Sindicato de Estibadores contrataba muchos *tours* para trabajadores del campo. Un día, por ejemplo, vinieron cortadores de caña de azúcar de Hawái de origen japonés y filipino. Y esos *tours* siempre me tocaban a mí. Aquellos hombres eran personas maravillosas y escuchaban con mucha atención mi perorata y mis chistes. Les interesaba mucho la historia, también los chismes. Y los chismes, cuanto más llamativos y escabrosos, mejor. Y luego, qué le vamos a hacer, también había personas que me inspiraban un profundo desprecio: empleados y directivos blancos de cuarenta y tantos años, borrachos y con la libido colgando de la bragueta; unos cabrones hipócritas y salidos que daban por hecho que todos los chóferes de Gray Line éramos chulos de putas y podíamos conseguirles a alguna niña de quince años (por desgracia, algunos chóferes sí lo eran, chulos de putas). ¡Repugnante! Y lo peor era saber que allá, en su perdida y anónima ciudad del Medio Oeste, la mayoría de aquellos babosos serían honrados padres de familia que sin duda colaboraban con los servicios sociales.

Gray Line tenía dos tipos de autocares. Los más habituales eran los típicos vehículos de la Greyhound, autocares American Eagle de segunda mano. Pero para los *tours* de empresa llevábamos autobuses municipales antiguos solo que sin compartimento de equipajes. A estos los llamábamos «culos planos». A veces, para ir a los Estudios Universal, formábamos grupos de seis, siete y hasta ocho culos planos. A los conductores, el *tour* de la Universal nos encantaba porque no había nada que hacer. Dejábamos a los turistas en el aparcamiento y nos juntábamos todos en un autobús, a veces con una botella que iba pasando de mano en mano. La mitad de mis compañeros aprovechaba ese rato para buscarle una chica a algún turista o para vender *souvenirs*, baratijas, lo que fuera. Pero un día estábamos sentados en la parte de atrás de mi autobús precisamente y de pronto vimos que otro empezaba a moverse, muy des-

pacio primero y poco a poco a mayor velocidad. Los autobuses de hoy, como ya entonces los tráileres, han incorporado un sistema de doble freno para aparcar que se activa con un enorme botón rojo y bloquea las ruedas, pero entonces no lo llevaban. Supongo que el conductor de aquel culo plano no se dio cuenta de que el inmenso aparcamiento de los Estudios Universal está en pendiente y su autobús empezó a rodar marcha atrás, al principio lentamente y luego cada vez más deprisa. «¡Abre la puerta, Mike!», me gritaron todos. Abrí la puerta, bajamos en tropel y echamos a correr hacia aquel vehículo. Demasiado tarde. No pudimos hacer nada salvo quedarnos mirando con horror y fascinación cómo aquel culo plano rodaba y rodaba hasta el terraplén y entraba sin pedir permiso en la Hollywood Freeway, la autopista de Hollywood.

## I. LOS DOHENY

*Greystone, mansión construida para el hijo de Edward L. Doheny.*  
Cortesía del Department of Special Collections, University of Southern  
California Libraries.

El camino de entrada bajaba serpenteando entre muros de contención hasta la finca. Encontré la verja abierta. Al otro lado, la falda de la colina se extendía varias millas. Desde allí abajo, tenues, en la distancia, se divisaban con dificultad las grúas de perforación del yacimiento al que los Sternwood debían su fortuna. [...] Una pequeña parte aún seguía funcionando, con pozos distribuidos en grupos que bombeaban cinco o seis barriles diarios. Los Sternwood se habían trasladado a la parte alta de la colina y ya no les llegaba el olor a agua estancada ni a crudo, pero al asomarse a la ventana todavía contemplarían aquello que les había hecho ricos. Si querían verlo. Aunque yo supongo que no querían.

RAYMOND CHANDLER, *El sueño eterno*

RICHARD RAYNER: La propia naturaleza de los escándalos estriba en que, una vez abierta la caja de Pandora, siempre acaba todo siendo más turbio, visceral y retorcido de lo que nadie habría podido imaginar y en que son mucho mayores y duran mucho más tiempo. La historia de Edward L. Doheny es la historia de una caja de Pandora que al abrirse desencadenó una extraordinaria secuencia de acontecimientos que interesó a todo el país durante diez años. La historia de Edward L. Doheny contribuyó a la defenestración y muerte de un presidente, se saldó con millones de dólares en las arcas de los mejores abogados de Estados Unidos, dio pie a dos muertes en el seno de la familia Doheny —en circunstancias que todavía están sin aclarar— y concluyó con la caída en desgracia del propio Doheny, que en 1935 y después de ser el hombre más rico de Esta-

dos Unidos murió arruinado y solo a consecuencia de sus propios actos y por culpa de su firme decisión de salvarse a toda costa.

PATRICK DOHENY, *NED*: Mi bisabuelo contempló atónito la rapidez con que se desarrollaron los acontecimientos. Cuando una persona tan fuerte se derrumba de esa manera, hay que pensar que debe de ser muy difícil hacer frente a algo así. Y te preguntas de qué madera hay que estar hecho para sobrevivir. Fue una tragedia, y, sin embargo, los libros de historia siempre se han cebado con él. Esa es la parte más amarga de la historia familiar: esa falta de compasión. Y me molesta que hayan suplantado a una figura seminal como mi bisabuelo por una caricatura. Es de locos.

Lo que consiguió mi bisabuelo es casi inconcebible por la fortuna que amasó, por el éxito que obtuvo, por lo temerario de su aventura... Lo que cuenta *Pozos de ambición* es totalmente apócrifo. No hay ni una pizca de verdad en esa película; menos el principio, cuando está solo en el pozo y empieza a cavar. Mi bisabuelo siempre contaba que se cayó en un pozo y se rompió las piernas. Pero todo lo demás, pura y simple bosta de caballo. Toda esa gente... Upton Sinclair en *Petróleo*, y luego el cine... Los mueve un interés espurio, solo quieren ganar dinero. Es de risa, confunden la historia con su propio interés. Daniel Day-Lewis está espléndido, extraordinario, y la película me gustó, pero lo que cuenta no tiene nada que ver con mi familia. Nada. En realidad, la verdadera historia de mi bisabuelo es mucho más interesante de lo que nadie pueda llegar a inventar.

Baraja y reparte. Se disponen a jugar otra mano de póquer. Nada es como en la mano anterior y, sin embargo, es la misma baraja, el mismo juego y el mismo ambiente; y los jugadores, mudos y sombríos, siguen rodeados de humo.

UPTON SINCLAIR, *Petróleo*

RICHARD RAYNER: La epopeya de Doheny es fundamental en la historia de Los Ángeles en muchos aspectos. Casi todos piensan que el retorcido padrino al que la ciudad debe su existencia fue Mulholland, porque fue él quien adquirió el agua que nos permitió crecer. Pero Doheny simboliza otra forma de amasar riqueza. Además, hizo dinero en los primeros treinta años de vida de la ciudad, su época de mayor crecimiento. Entre 1900 y 1930, Los Ángeles pasó de cien mil a un millón doscientos cincuenta mil habitantes.

MIKE DAVIS: La historia reciente de Los Ángeles ha sido una montaña rusa primero estimulante y luego monstruosa. A finales de 1885, la llegada al sur de California del ferrocarril de Santa Fe acabó con el monopolio de la Southern Pacific, que había durado diez años. En marzo del año siguiente empezó la guerra de precios más cruenta de la historia de Norteamérica: el trayecto de Chicago a Los Ángeles llegó a costar solo un dólar, un precio irrisorio, aunque luego se estabilizó en diez. Doscientos mil curiosos aprovecharon la bajada del precio de los billetes para visitar la Tierra del Sol y mojarse los pies en el Pacífico. Antes, sin embargo, tenían que aguantar el acoso de las inmobiliarias y sus hombres anuncio, que les esperaban en el andén de la estación y les vendían parcelas de ensueño en los nuevos barrios ajardinados o en los montes pelados de los alrededores. Los Ángeles ya empezaba a tener modernas aceras de cemento, pero las calles eran de tierra y grava y, en invierno, se llenaban de barro. Aunque es probable que un viejo buscador de petróleo como Doheny se encontrara más a sus anchas en aquellas calles de tierra. Y seguro que también le gustaban los alrededores, que eran todavía naturaleza en estado puro. Los Ángeles no tenía agua, no tenía carbón, el puerto se había quedado viejo; tampoco ha-

bía industria, las tierras del interior estaban casi sin explotar y la escasez de capital era palmaria. Pero los angelinos se guardaban el secreto de tantos inconvenientes y desventajas. Los recién llegados habían vislumbrado el Edén y era fácil convencerlos de que compraran un trocito.

RICHARD RAYNER: A la población la movía el petróleo y, por mucho que la mayor parte de su fortuna proviniera de México, Doheny fue el hombre que creó la industria petrolífera de Los Ángeles. En los años veinte, Los Ángeles producía el veinte por ciento del crudo mundial. Cuando ves esas fotografías de la ciudad, llena de torres de perforación, cuando lees *Petróleo*, de Upton Sinclair, te das cuenta. El veinte por ciento... es asombroso, y Doheny era el culpable. Y, sin embargo, casi no sabemos nada de su vida anterior, de lo que hizo en los años setenta y ochenta del siglo XIX amén de vagar por todo el Oeste. En realidad, apenas sabemos nada de él hasta después de cumplir los cuarenta. Yo sospecho que debía de estar muy desesperado, porque iba de fracaso en fracaso. Lo que sí conocemos es la vida de su primera mujer, a la que dejó. Y es una vida muy triste.

MARYANN BONINO: Edward Doheny se casó con Carrie Wilkins, su primera mujer, en Kingston, Nuevo México, en 1883. Carrie no conocía a su padre, un médico del ejército que se marchó a la guerra de Secesión cuando ella era muy pequeña y no volvió nunca. Vivió con su madre como muchos pioneros, en unas circunstancias muy duras, y más para las mujeres que tenían que arreglárselas solas. Pero, a pesar de todo, parece que conservó una gran sensibilidad. Colaboraba con la Iglesia episcopaliana y era una estupenda cantante aficionada: «un numeroso público la escuchó arrebatado» cuando vivía con Edward primero en Kingston y luego en Silver City. A partir de su traslado a Los Ángeles

en 1891, la vida emocional de la pareja y su situación económica estuvieron marcadas por los altibajos. En 1893 nació su hijo Ned, pero Eileen, su primera hija, había muerto el año anterior con siete años a consecuencia de una cardiopatía reumática. Edward encontró petróleo en Los Ángeles y en Orange County, pero tuvo que asumir muchos riesgos, así que, económicamente, las cosas se les complicaron; eso podría explicar por qué entre 1895 y 1899 cambiaban de residencia todos los años. A finales de abril de 1899, Carrie decidió pasar un tiempo fuera y se marchó a San Francisco con Ned. Tal vez se fue al norte porque Edward se iba a Kern County, donde acababa de encontrar petróleo, pero como no volvió... Quizá se marchara con Ned por otro motivo. Por aquel entonces, Estelle Betzold, que más tarde se convertiría en la segunda mujer de Edward, trabajaba de telefonista, muy probablemente en el mismo edificio en que él tenía su oficina. Cuentan que Edward oyó hablar a Estelle y su voz le cautivó. Tenía una voz cautivadora, es cierto, todo el mundo lo decía, y era muy vivaz y descarada. Puede que la partida de Carrie coincidiera con un primer flirteo entre Estelle y Edward.

Carrie no se divorció de Edward hasta once meses después de dejarlo e, incluso entonces, y luego de mudarse a Oakland, seguro que todavía sentía algo por él. En septiembre de 1900, cosa de un mes después de que Edward se casara con Estelle y transcurridas tres semanas desde que la llevara a San Francisco (y, probablemente, también al otro lado de la bahía, a Oakland), Carrie se suicidó. Las biografías de Doheny insinúan que padecía algún trastorno, pero los hechos sugieren otra cosa.

CAROLE WELLS DOHENY: Fue tanta la congoja de Carrie cuando él se casó que acabó suicidándose. La familia sintió una pena inmensa. Es cruel que pasen cosas así. Pero la verdad es que nadie habla de ella.

MARYANN BONINO: Bebió líquido para baterías<sup>[1]</sup>. Según las criadas, lo confundió con un remedio para el catarro que había pedido a la farmacia. Puede que lo hubiera preparado todo para que pareciera un error. Es probable que Ned estuviera en casa. Carrie se tomó el veneno por la mañana, cuando, casi con toda seguridad, él estaba en el colegio. Pero no hay duda de que Ned oiría comentarios nada más llegar ni de que se enteró de que su madre se había pasado varias horas «dando alaridos». Para colmo, luego se quedó a vivir en aquella casa unos diez meses. Quizás Edward y Estelle pensaron que era lo mejor: dejarlo en Oakland, en un entorno familiar, con un horario al que estaba acostumbrado. A ellos también les superaron los acontecimientos. El suicidio de Carrie fue un golpe brutal. Además, Edward y Estelle apenas llevaban casados un mes. En realidad, el matrimonio ni siquiera había entrado en sus planes, porque no tenían casa y Edward estaba muy ocupado después de un increíble golpe de suerte: acababa de descubrir petróleo en México. Pero el arreglo no resultó porque Ned se portaba muy mal: le daba patadas a la niñera... En fin. En julio de 1901, Estelle vivía ya en Oakland y se ocupaba de él. A los quince días de llegar, escribió a Edward y le dijo: «Si no hubiéramos acudido al rescate, nos habrían acusado de asesinato».

RICHARD RAYNER: La historia de Doheny en México es extraordinaria, asombrosa. Es al mismo tiempo una de esas aventuras empresariales maravillosas, arriesgadas y pintorescas, y un robo manifiesto y una flagrante manipulación imperialista. Doheny fue ascendiendo por el escalafón del gobierno mexicano, sobornando a todos los funcionarios, hasta hacerse amigo del presidente Porfirio Díaz, quien le garantizó en exclusiva el derecho a perforar en una zona próxima a Tampico, donde en aquella época se encontraban